

El último tesoro

Bilogía de Luna Ross - I

R. B. S. Candelas

El último tesoro

Bilogía de Luna Ross - I

Ramón Candelas Pérez
El último tesoro

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. N° 00/2008/5326.

- © Ramón Candelas Pérez, 2008
- © De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2015
- © De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2015

Ilustración de portada:

Antonio Barceló, con su jabeque correo, rinde a dos galeotas argelinas (1736).

Ángel Cortellini Sánchez, 1902.

Museo Naval de Madrid.

Primera edición, marzo de 2015. R. 2.0
ISBN: 9781500642792

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

El autor dona los ingresos obtenidos por la venta
de esta edición a diversas ONG con las que
colabora habitualmente.
Gracias, lector, por tu contribución.

Todos tenemos algún héroe en la familia. No necesariamente alguien que se partió el pecho ante los enemigos de la patria, que también los hay. A veces, tan solo alguien que tomó decisiones difíciles en ocasiones trascendentales, y por ello lo recordamos con respeto y orgullo.

Este libro está dedicado a la memoria de mi abuelo Francisco Candelas Carratalá, que sobrevivió a dos guerras para que sus descendientes pudiésemos existir; y a mi tío Emilio Pérez Rosas, que escapó de milagro a la muerte en la guerra fratricida del 36 y en quien está inspirado el personaje de Tomás Álvarez.

Prólogo

Costa de Nueva Andalucía, septiembre de 1712

El ayuda de cámara zarandea a Pedro Díaz de Ulloa en su camastro. El comandante del *Invulnerable* ha dormido cuatro horas escasas, profundamente agotado tras casi dos días de zafarrancho de combate.

—Despierte, señor. El enemigo arriba y recoge trapo; sus fragatas abandonan la caza.

Don Pedro reacciona con pesadez. Tiene un fuerte dolor de cabeza y la garganta tan reseca que apenas puede articular palabra. Un penetrante olor a pólvora y madera quemadas impregna cada rincón de la cámara, contribuyendo a embotar aún más sus sentidos. Tras beber unos sorbos del agua que el veterano criado le alcanza en un vaso de estaño, a su mente viene el poderoso buque insignia de la escuadra perseguidora.

—¿Y el tres puentes?

—Está muy sotaventado, señor; parece que se unirá a las fragatas. El viento ha subido a frescachón y el mercurio baja.

El comandante hace ademán de levantarse, pero su ayudante lo retiene.

—No debe apurarse, señor. El segundo oficial está en el alcázar y ha ordenado aligerar el velamen. Todo está bajo control.

—¿Cuál es nuestra posición?

—Hemos llegado a las Bocas del Dragón, a unas cinco millas de la isla Chacachacare. Si todo sigue así, esta noche deberíamos dormir bien fondeados en Puerto España. Descanse un poco más, señor; le informaré si hay alguna novedad y le tendré preparado un buen desayuno.

—Gracias, Cristóbal.

Una hora más tarde, después de un reconfortante café con tocina frita y pan blanco recién horneado por el fiel mayordomo, Díaz de Ulloa se dirige al puente. Un viento cargado de humedad le azota el rostro, mientras olas oscuras que reflejan un cielo plomizo levantan crestas de espuma que rompen machaconas contra la amura de barlovento. Don Pedro observa con detenimiento la

cubierta del pequeño pedazo de patria puesto bajo su mando, un navío de dos puentes y setenta cañones que, tal como se acaba de demostrar, todavía impone respeto al inglés, a pesar de su maltrecho estado. Por doquier, brigadas de especialistas se afanan en paliar los efectos del combate: carpinteros, veleros, cordeleros... Todos ellos empeñados, junto con el resto de la marinería, en múltiples reparaciones que por la seguridad del buque no admiten demora.

Junto a la escalera de la toldilla lo saluda con gesto grave Benito Rosas, su segundo oficial, la mirada un tanto desvaída de puro agotamiento. Una venda ensangrentada le cubre la frente por cuenta de un pequeño astillazo. Pequeño y afortunado, se podría decir; un par de centímetros más abajo y...

—¿Cómo está, señor Rosas? ¿Y esa herida?

El segundo es un aguerrido mallorquín, curtido en innumerables acciones de guerra con la flota de galeras del Mediterráneo antes de ser destinado a los grandes galeones oceánicos.

—Un rasguño de nada, señor. —El oficial señala hacia popa con desmayada sonrisa—. Parece que el enemigo desiste. Nos encontramos a tan solo quince millas de Puerto España; deberíamos llegar para la cena aunque el viento se mantenga a la contra.

El comandante asiente satisfecho, pero serio; ahora debe encajar las malas noticias.

—¿Qué hay de los hombres?

—Han muerto dos más durante la guardia: el paje Lucio Alcántara y uno de los maestros veleros, don Esteban de Suso.

—¿Y el grumete Fontán?

Rosas esquivo la mirada del comandante, sabedor del especial afecto que este siente por el muchacho.

—No creo que sobreviva; el cirujano hace todo lo posible por aliviarle el dolor. Dice que el resto de los heridos se mantiene estable —añade luego, tratando de parecer optimista—. Don José no espera más bajas de momento, salvo inesperado agravamiento o gangrena.

Pedro Díaz frunce el ceño. Se siente responsable de cada vida segada bajo su mando, y ello le hace sufrir en silencio. Al paje no lo conocía más que de vista, pero Manuel Fontán es un joven despierto, con un ansia enorme por aprenderlo todo sobre la mar. Y

va a perder la vida con tan solo trece años... El comandante hace un esfuerzo por reponerse y levanta la vista hacia la arboladura.

—¿Y el aparejo? Parece que aguanta bien.

—He creído conveniente quitar presión a la jarcia, ahora que el enemigo no nos acosa. Como sabe, la mesa de guarnición de estribor del mayor está tocada, pero mientras el viento nos entre por babor no tenemos nada que temer. Los palos han encajado varios balazos, así que mejor no forzarlos; para mí que están al límite. No creo que podamos abandonar Puerto España sin acometer reparaciones mayores. Pero en fin, no veo mayor problema a menos que arrecie.

—Buen trabajo, Rosas. Retírese a descansar, está usted agotado. Le avisaré para que almuerce con los demás oficiales en mi cámara; hoy nos hemos ganado una pequeña celebración.

—Gracias, señor. Todos los hombres se han portado con valentía.

El segundo se retira tras saludar. Don Pedro pasea de nuevo la mirada a su alrededor.

—¡Tercero!

Florencio Martín, tercer oficial del *Invulnerable*, se halla junto a la bitácora, estudiando la derrota a seguir en la carta de marear junto con el primer piloto, Cosme Torrent. Ambos se acercan hacia el comandante.

—Bienvenido al puente, señor —saluda el tercero.

—Gracias. ¿Se encuentra fresco?

—He descansado un poco. Don Benito se ha ocupado de todo desde el amanecer.

—Bien. Rebaje la guardia; que permanezcan en cubierta tan solo los hombres imprescindibles por si hay que arriar más paño. Avise al contador: quiero que hoy todos tengan ración especial y que corra el vino con moderación. Luego hágase cargo aquí, en el puente, mientras yo bajo a la enfermería. ¿Tienen clara la derrota?

—Sí, señor. —El tercer oficial señala una franja oscura en el horizonte—. Debemos aguantar el rumbo unas dos millas hasta dar respeto a aquella punta, la isla Chacachacare. El paso es franco por el canal entre ésta y la isla Huevos. Después debemos caer tres cuartas al este hasta dejar por babor la isla Monos y varios islotes más, y tendremos a la vista Puerto España. Don Cosme ha fondeado ya en la Trinidad un par de veces.

El piloto asiente, aunque su expresión no resulta tan optimista como la de Florencio Martín.

—Vamos, señor Cosme, diga lo que piensa —le espeta el comandante—. No están las cosas como para andarse con tapujos.

—Me preocupa el viento, señor. Ha subido de fuerza en las últimas dos horas y el barómetro ha bajado. Los huracanes son frecuentes en esta zona; el olfato me dice que se prepara algo gordo, y la arboladura está de mírame y no me toques. Podríamos tener complicaciones.

El comandante toma a su piloto con afecto por el brazo. Son muchos los temporales corridos juntos, y mutuo el aprecio y el respeto entre ambos lobos de mar.

—Díganos algo positivo, Cosme. ¿No ve que le ha chafado el ánimo al señor Martín?

El viejo piloto mira al tercero con gravedad.

—Al menos la mar bajará en cuanto cojamos el resguardo de tierra. Nos deslizaremos como cortesanas en falúa real por el Tajo.

Todos sueltan una carcajada. Es bueno aliviar la tensión después de tanto sufrimiento.

* * *

En la cámara del comandante brindan todos los oficiales que no están de servicio o malheridos. Han realizado un buen almuerzo a base de menestra marinera, mejorada con las últimas verduras frescas en existencia, y cordero adobado según una receta que Cristóbal guarda con celo. Todo ello bien acompañado con queso, frutos secos, miel y un magnífico vino catalán de la despensa particular de don Pedro, quien ha descorchado una damajuana para la ocasión. Además del segundo y los demás oficiales de guerra, acompañan al comandante el primer piloto, el contador y el capellán, junto con el teniente al mando de la infantería de marina. Florencio Martín, el tercero, está de guardia, mientras que el médico, don José Fadrique, se ha excusado, pues varios hombres requieren sus cuidados en la enfermería. El ambiente es de euforia gracias al rojo caldo del Montsant y a las chanzas a costa de los ingleses.

—... Y van tres combates en este viaje, señores. Un total de once temibles unidades de Su Graciosa Majestad que han encon-

trado la horma de su zapato, ¡ja, ja!...

—Dos de ellas criando algas en el fondo del mar, ¡ja, ja!...

—Y aquella pobre fragata del estrecho, que todavía estará buscando los pedazos de su lancha...

Risotadas generales, generosos tragos, y Pedro Díaz de Ulloa que levanta solemne su copa, mirando con orgullo a su plana mayor.

—¡Brindo por los valientes que han caído! ¡Brindo por la victoria y el éxito de nuestra misión! Y todo ello lo debemos a ustedes, señores, y a la valerosa tripulación de este navío.

—Y a Dios, don Pedro, y a Dios —apostilla Luis Artajona, capellán de a bordo.

El comandante echa una feroz mirada al clérigo. De todos es conocida la mutua antipatía que se tienen ambos, manifestada ya en varias ocasiones desde el embarque de este último en Cádiz. Caliente como está, a Pedro Díaz de Ulloa no le hace gracia la puntualización.

—Dios no tiene nada que ver con esto, don Luis. Dios no carga los cañones bajo el fuego enemigo, ni recibe astillazos en el pecho..., ni pierde los dos brazos como ese pobre grumete que agoniza en el sollado. Más vale que muera rápido. ¿Se imagina la perra vida que le espera si sobrevive? Y Dios... ¿dónde estaba en ese momento?... ¡Dígame!

El capellán, que también ha trasegado lo suyo, pierde una magnífica oportunidad de callarse.

—Dios es misericordioso; no debería usted hablar así de Él, don Pedro.

—¡Voto a la Virgen santa y al copón bendito! No me toque las pelotas, don Luis. Dios no está hoy aquí con nosotros, ni puñetera falta que hace. Este barco es invencible, como dice su nombre. ¡Que baje Dios y lo hunda, si tiene cojones!

El semblante del clérigo enrojece aún más ante la blasfemia del comandante. Se levanta furioso y se dirige tambaleante a la puerta. Antes de salir, se da la vuelta y lo amenaza con el dedo índice.

—Esta vez ha ido usted muy lejos, don Pedro. Demasiado lejos...

—¡Váyase al infierno!

Pedro Díaz de Ulloa levanta otra vez su copa y hace un nuevo

brindis.

—Bebamos, ahora que se ha ido ese aguafiestas. ¡Por la victoria, señores!

Los oficiales se levantan y beben. Unos celebran regocijados la escena que ha puesto pies en polvorosa al cura; otros callan, sobrecogidos ante la violenta actitud del comandante, poco habitual en él. De repente, afuera se escucha un rugido ensordecedor, y el buque escora de forma exagerada. Todos se agarran a la mesa para evitar perder el equilibrio, pero el natural balanceo que debe restablecer la vertical no se produce. La inclinación se mantiene durante unos interminables segundos, mientras el bramido del viento aumenta de intensidad si cabe. El ventanal emplomado que da a la balastrada de popa apenas filtra la sombra de un cielo repentinamente oscurecido. Es entonces cuando se escucha un tremendo crujido que hace temblar todas las cuadernas del casco, y el navío se adriz de golpe haciendo rodar a los hombres por el suelo. Alguien gime entre el revoltijo de cuerpos, loza y cristal roto.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

Don Pedro es el primero en recobrarse y en echar a correr hacia el pasillo.

—¡Ha caído el mayor! ¡A cubierta!

Lo que el comandante y sus oficiales contemplan al salir fuera les sobrecoge el ánimo: un dantesco espectáculo de carreras, gritos y quejidos. Donde antes se alzaban airosos el palo mayor y el trinquete, ahora solo queda un amasijo de maderos rotos, cabos retorcidos y lonas rasgadas. Isidoro Fraguas, el segundo contraestre, se acerca veloz y se dirige a don Pedro con el rostro desencajado y el habla deslavazada.

—Una turbonada terrible, señor, nadie la hemos visto venir. Ha sido... No sé, no me explico cómo ha podido ocurrir, señor. Ha sido todo tan repentino... El palo mayor ha rendido y ha arrastrado en su caída al trinquete...

—Tranquilícese, Isidoro. ¡Señor Rosas, todos los hombres a cubierta! ¡Hay que despejar esto ya!... ¡Contraestre, ocúpese! Isidoro, ¿dónde está el tercer oficial?

—El señor Martín estaba conmigo, inspeccionando la jarcia en el preciso momento en que todo se nos ha venido encima. —El hombre hace una pausa, sofocado—. Me temo que ha muerto, señor. Y dos hombres más. También ha desaparecido el vigía de la

cofa del mayor. El del trinquete parece que ha podido agarrarse a un cabo; están tratando de pescarlo desde el castillo de proa...

—Bien, vamos allá. Rosas, envíe unos hombres al sollado para revisar la estiba y avise al condestable para que compruebe la artillería; vamos a dar muchos bandazos. Don Cosme, haga lo imposible por mantener el rumbo. Señores, ¡a sus puestos!

En ese momento aparece en el alcázar el capellán, pálido y asustado. Pedro Díaz de Ulloa clava en él una mirada furiosa.

—¡Largo de aquí, don Luis! ¡Es usted un pájaro de mal agüero, no quiero verlo en cubierta!

* * *

Durante dos días y dos noches el *Invulnerable* se mantiene a la capa en unas condiciones lamentables. El temporal ha ido arreciando, y pese a los denodados esfuerzos de la tripulación resulta imposible improvisar un aparejo de fortuna. Gracias a Dios se encuentran en el interior del golfo de Paria, porque en el océano abierto la mar montañosa habría engullido, sin duda, el buque desarbolado. Aun así, el oleaje es de considerable tamaño y los timoneles apenas pueden mantener la proa. Un fuerte golpe de mar rompe las trincas de dos piezas de a treinta y seis, que provocan grandes destrozos y abren una brecha en el casco a la altura de la primera cubierta, por donde la mar entra a borbotones cada vez que las olas chocan contra la banda. Hora tras hora, los hombres exhaustos se turnan en las bombas de achique, y resulta imposible encender los fogones para cocinar siquiera algo caliente con que reconfortar los cuerpos empapados. Una ráfaga de inusitada violencia termina de rematar al barco malherido: la vela mesana, último paño que contribuye a darle estabilidad, se rifa de arriba abajo y pierde toda su capacidad portante. Ahora el navío de setenta cañones no es más que un madero a la deriva. La costa se perdió de vista hace tiempo, el cielo encapotado y sucio impide calcular la posición, y ni siquiera el piloto es capaz de estimar el abatimiento con tan mala mar y tan incierto andar. Por fin, al amanecer del tercer día, el viento comienza a amainar. Las olas bajan, dejando paso a un denso aguacero que parece no tener fin. Con la grisácea luz del alba, a pesar de la espesa lluvia, comienza a distinguirse una tenue línea de tierra, hacia la que el casco desarbolado es empujado

de forma inexorable por los elementos. La única posibilidad de escape, dar un remolque con los botes de remos, se fue a pique cuando la turbonada echó por la borda una de las embarcaciones auxiliares y destrozó la otra. No hay nada que hacer, salvo rezar y esperar. O esperar a secas. Pedro Díaz de Ulloa y Cosme Torrent observan desde la toldilla la costa amenazante, tratando de escudriñar su configuración. Desorientado, el piloto solo es capaz de anunciar, sombrío:

—Esto no es la Trinidad.

A pesar de que se encuentran rodeados por bajíos, el navío no se topa con ninguno y es arrastrado por el viento y la marea hacia el interior de un brazo de mar que se adentra en tierra. La costa es una selva impenetrable. El agua cambia de color, tornándose amarillada a la vez que el oleaje pierde intensidad. Gracias al timón y a un pequeño foque montado en un aparejo de fortuna, apenas un pañuelo, consiguen sortear un par de bancos de arena, adentrándose en lo que sin duda parecen los caños de una gran desembocadura fluvial. Cuando por fin escampa y la atmósfera limpia permite ver con claridad a muchas millas a la redonda, Torrent, que sostiene en sus manos una carta náutica, trata de intuir una posición. Tarea imposible, pues no hay accidentes geográficos que permitan fijar referencia alguna. Solo la selva monótona e infinita.

—Esto es el delta del Orinoco, sin duda —dice por fin, desesperanzado—. Hemos derivado unas cincuenta millas y... ¡Dios, nos hemos perdido en la costa más remota del Caribe!

Con un empujón final, el viento arrastra al indefenso bajel hacia una estrecha playa al borde de la espesura. La madera rechina al deslizar sobre el fondo arenoso, como si el buque quisiera dar su último lamento, y los hombres se hacen firmes esperando una sacudida que no llega a producirse. La capitana real de la Armada de Barlovento de Su Majestad Católica se detiene lentamente y escora quince grados a estribor, dando así fin a su última singladura. Luego, la inmovilidad y el silencio absolutos.

En algún lugar de la Península Ibérica, enero de 1937

Dos amarillentos haces de luz se arrastran por la sinuosa carretera mal asfaltada, horadando una ligera bruma que comienza a insinuarse con las primeras horas de la madrugada. Los siguen renqueantes dos viejos camiones militares cuyos ocupantes no han tenido el menor reparo en sobrecargar, y cuyos gastados motores acusan por igual el prolongado desnivel. La carretera discurre más o menos paralela a un río caudaloso de aguas turbidas que se desliza impetuoso por el fondo del barranco. A su alrededor, el rocío de la noche, alcanzado el punto de congelación, blanquea la foresta con un manto invernal.

La reconfortante calefacción de las cabinas no llega hasta las cajas de los camiones, escasamente protegidas por la lona encerada que las cubre. En cada una de ellas, tres hombres acurrucados tratan de conciliar el sueño a pesar del intenso frío, del que sus gastados capotes de campaña y unas cuantas mantas raídas a duras penas alcanzan a resguardar. Llevan muchas horas de viaje desde que el día anterior abandonaran Madrid, y los duros bancos de madera no contribuyen a mejorar el confort.

El más joven de estos pasajeros se llama Tomás Álvarez, un alicantino a quien la guerra atrapó en medio del servicio militar obligatorio, al poco de cumplir los veintiún años. A Tomás lo había llevado a un aparte el sargento Roque Ramos, dos días atrás, para decirle:

—Álvarez, mañana temprano sales para una misión especial. Preséntate al teniente Pelayo antes de la retreta. Mientras tanto, la boca cerrada.

Después de la cena, Pelayo les contó a él y a otros siete *voluntarios*, incluidos dos conductores, que iban a realizar un transporte importante cuyo contenido y destino eran secretos. Estarían fuera unos días, y no se les permitía hablar del asunto con nadie. Él mismo iría al mando de la expedición, junto con Ramos. La noticia fue bienvenida por el grupo. Durante las últimas semanas se venía librando una feroz batalla en las proximidades de Madrid

por el control de la carretera de La Coruña y de las poblaciones aledañas. La actividad en la capital era frenética, así que una operación de estas características, por incómoda que resultase, representaba un alejamiento temporal del frente. El primero para estos hombres, desde las duras batallas que tuvieron lugar en noviembre por la defensa de la Ciudad Universitaria.

Y ahora, veintidós horas más tarde, ahí están, con el cuerpo molido y cincuenta pesadas cajas de madera con una marca de pintura roja en forma de aspa en cada camión. «Plomo para los putos fascistas», ha dicho Ramos, despectivo. El sargento les ha pasado una botella de brandi y una bota de vino peleón, con los que Tomás y sus compañeros se han tenido que conformar para pasar la noche. Al principio han charlado animadamente durante un rato, haciendo cábalas sobre el destino de la mercancía. «El frente de Aragón, fijo», es la opinión cualificada de Sebastián Olmos, un albaceteño de cuarenta y tantos años que se ha zurrado con los rebeldes desde el inicio de la contienda, en Guadarrama primero y luego, junto a Tomás, en la Universitaria. Completa el trío Juan Barrio, un tipo taciturno del que nadie sabe gran cosa, excepto de su nostalgia por su cálida Málaga natal. Poco a poco, el traqueteo del camión y los vapores del coñac han hecho su efecto adormecedor. Menos mal que tuvieron la precaución de procurarse mantas con las que combatir el frío intenso de la madrugada, que este crudo invierno ataca con más saña que las balas.

* * *

Tomás Álvarez despierta cuando el vehículo coge un gran bache, y se da cuenta de que ya no van por la carretera general. Arrebujado en su manta, sin dejar de tiritar, el joven levanta unos centímetros la lona de la parte delantera de la caja. En algún momento se deben haber desviado, pues ahora ruedan por una carretera estrecha y sinuosa en la que no es posible reconocer indicación alguna que le pueda orientar. Un aire gélido se cuele por todas las rendijas. Tomás no tiene ni idea de qué hora pueda ser; las tres o las cuatro de la mañana, calcula. Al poco, el camión disminuye su velocidad y detiene su marcha sin apartarse a la cuneta. El joven puede ver cómo más adelante la carretera cruza el río por un estrecho puente para seguir su curso por la otra orilla, junto a

una caseta de peones camineros medio derruida.

Dos figuras se acercan aprisa, enfundadas en gruesos abrigos y haciendo oscilar un fanal de petróleo. Llegan hasta la cabina del primer camión, y una de ellas habla en voz alta, por encima del runrún del motor.

—Llegáis con retraso; hace un frío de la leche. ¿Traéis el género?

Tomás oye al teniente Pelayo responder.

—Según lo previsto. Os seguimos.

Los dos extraños se dirigen hacia un automóvil aparcado más allá de la caseta. Al poco, los tres vehículos marchan juntos río arriba. Todo esto le parece a Tomás poco normal: más parece que estén haciendo contrabando que llevando una carga de munición al frente. Sebastián Olmos y Juan Barrio duermen a pierna suelta. Está tentado de despertarlos, pero desiste porque le parece una cabronada hacerlos volver a la consciencia con este frío polar.

Un cuarto de hora después, Tomás ve por su rendija cómo llegan a un pequeño pueblo de la sierra. A la entrada hay un rótulo en cuya parte superior puede leerse: «Villanueva...». El resto son tablas ilegibles que cuelgan destartadas. Los vehículos rodean una fuente en lo que parece ser la plaza principal y se detienen ante una modesta iglesia de piedra. La única farola de la plaza apenas arroja una luz mortecina sobre la escena. Uno de los ocupantes del automóvil se acerca hasta la puerta de la iglesia, manipula la cerradura y entra tras abrirla con un crujido. Un minuto después sale y se dirige al camión.

—Todo en orden; manos a la obra —lo oye decir Tomás.

Los motores se apagan. El teniente desciende de su cabina y se acerca a la del segundo vehículo, el del sargento.

—Ramos, despierte a los hombres. Vamos a descargar. ¡Joder, qué frío!

El suboficial se apea a su vez, aparta la lona trasera de su camión y alumbrá el interior con una linterna.

—¡Arriba, muchachos! ¡Fin de trayecto! —grita mientras trepa a la caja—. Tenemos trabajo, así que no os costará entrar en calor.

Tomás se hace el dormido. Cuando, zarandeado, abre los ojos, lo primero que ve es la petaca metálica del sargento. El muchacho agradece el relámpago de calor que le recorre el esófago.

Sus compañeros se despiertan pesadamente. «Dos que no tienen problemas de insomnio, los muy jodidos...», piensa con envidia. Luego baja del camión y mira a su alrededor: la plaza está empedrada y rodeada de soportales; el pueblo duerme en silencio, salvo por un perro que ladra en alguna huerta lejana y por el murmullo del río, que se adivina cercano. El miliciano cree percibir un destello de luz en una ventana, pero no está seguro; puede haber sido un reflejo. Ligeros copos de nieve hacen su aparición en esos momentos, centelleando fugaces sobre su oscuro capote antes de desvanecerse en imperceptibles gotitas.

—¿Dónde estamos? —pregunta al sargento.

—Cierra el pico y mueve el culo; hay que descargar la mercancía —es todo lo que obtiene por respuesta.

Los hombres comienzan a sacar las cajas; son pesadas para su tamaño, y solo con dificultad pueden dos personas con cada una de ellas.

—¿Qué carajo hay aquí dentro? —susurra Sebastián Olmos cuando bajan la primera—. ¡Pesan un huevo!

Tomás ya duda abiertamente de que transporten munición para el frente.

—No sé; todo esto es muy raro...

Los dos milicianos meten la caja en la iglesia. Al entrar, la dejan en el suelo para descansar y orientarse. Dentro hace casi tanto frío como afuera. O más. Bajo el débil resplandor que una bombilla desnuda proyecta sobre las paredes, Tomás adivina las formas de un retablo dorado en el ábside. También hay dos grandes imágenes en sendas capillas a ambos lados de la nave. Los hombres descargan las cajas y las van depositando en el suelo mientras los mandos, junto con los dos extraños y los conductores, se afanan en levantar una pesada losa situada ante el altar. En uno de los viajes, la mirada de Tomás se cruza con la del misterioso hombre del automóvil. Lleva las solapas del abrigo levantadas hasta las orejas, con lo que apenas puede atisbar un entrecejo profundamente poblado sobre unos ojos hundidos en unas cuencas oscuras. Una mirada siniestra, que no hace sino aumentar la confusión del joven.

Bajo la lápida hay una amplia cripta. Tomás y Olmos son enviados abajo para recibir las cajas de manos de los demás compañeros. La estancia parece no haber sido utilizada en mucho tiempo. Viejos candelabros cubiertos de telarañas son los únicos

inquilinos de unas polvorientas hornacinas empotradas en la pared. El trabajo es fatigoso, y los milicianos deben relevarse por parejas para ir apilando las cajas bien ordenadas en el suelo, hasta completar el centenar. Los extraños no han venido a trabajar, por lo que parece, y hasta los conductores, alegando hacer no sé qué en los camiones, acaban escaqueándose de doblar el espinazo. Lo de siempre. Tomás maldice su perra suerte de soldado raso. Aunque magra recompensa, el teniente Pelayo invita a una ronda de tabaco una vez rematada la faena y colocada la losa en su sitio. Tras varias caladas, indica a sus hombres que abandonen la iglesia.

—Salid y esperad en los camiones. Ramos, usted quédese.

Algo en la mente inquieta de Tomás lo apremia para que averigüe de qué va todo aquello. Si tan solo supiera qué hay en las cajas...

—Mi teniente...

Pero una mirada del sargento lo hace desistir al instante. El muchacho creía conocer todas sus miradas, incluidas las de euforia, ira e impotencia —la que le provocan las heridas de sus hombres a la vuelta del frente—; pero esta es nueva. Una mirada que, entre otras cosas, le ordena callarse.

—No, nada —concluye.

Tomás Álvarez se retira tras los demás compañeros. Los copos de nieve, ahora muy crecidos, caen mansamente sobre el empedrado de la plaza. La primera docena de fogonazos lo deslumbra, y los estampidos que al mismo tiempo rompen la noche lo aturden y desconciertan aún más. Unos metros más adelante, a mitad del camino hacia los camiones, ve caer a Juan Barrio y a los otros tres compañeros sobre la fina capa de nieve que comienza a cuajar. Una nueva ráfaga, y el robusto corpachón de Sebastián Olmos, que camina tres o cuatro metros por delante de él, cae proyectado hacia atrás para acabar sentado en el suelo. El joven miliciano toma por fin consciencia de la situación: en la penumbra, en el hueco que queda entre los camiones, los dos conductores han emplazado una ametralladora en el suelo y, rodilla en tierra, hacen el trabajo sucio de la misteriosa operación. Olmos rueda al fin por el suelo con un quejido, y él ve su cara desencajada por el dolor y su abdomen destrozado por los disparos a bocajarro. Y ahora..., ¿a qué esperan para acabar con él? La pesadilla que vive no impide que su mente reaccione con rapidez. Los asesinos manipulan la

ametralladora entre imprecaciones; se les ha encasquillado. Tomás podría alcanzar de un salto la puerta de la iglesia y refugiarse con el teniente y con... ¡Ramos! Es entonces cuando comprende lo que había en su última mirada: remordimiento. Sus oficiales los han traicionado. A la luz de aquella revelación, el muchacho reacciona con furia. Si antes, confiados, han dejado los fusiles en el camión para transportar las cajas, él no está del todo desarmado; desenfunda un gran cuchillo de caza que lleva al cinto y se abalanza sobre los de la ametralladora. Diez pasos, rajarles la garganta a esos dos hijos de puta, saltar a la cabina del camión, arrancar, poner tierra de por medio a la desesperada...

Pero Tomás Álvarez no llega a echarse a la cara a los hijos de puta. Tampoco llegará a saber que el penúltimo fogonazo viene de la derecha, del interior del automóvil, desde donde el de las cuencas hundidas ha contemplado la escena refugiado en la oscuridad, con una pistola automática apoyada en el cristal a medio bajar de la ventanilla, por si las moscas. El proyectil le golpea las costillas, por debajo de la axila. El joven pierde el equilibrio en su atropellada carrera y rueda envuelto en su capote antes de quedar tendido boca arriba. Paralizado por el dolor, que casi le impide respirar, comprende que es el final. Cuando logra abrir los ojos, su mirada nublada alcanza a distinguir la figura erguida del teniente Pelayo, que le apunta al rostro congestionado, humedecido por la nieve, con su *Astra* del nueve largo reglamentaria.

—Lo siento, Álvarez; hay mucho en juego para dejar testigos —le escucha decir, a pesar del zumbido que martillea sus oídos.

Y entonces, el último fogonazo levanta un muro de tinieblas y el dolor desaparece.

Libro primero
Dos proposiciones

El potente teleobjetivo tenía enfocado a un magnífico ejemplar macho de oscuro plumaje. Parecía dispuesto a alzar el vuelo desde la hendidura que ocupaba en el farallón cuarcítico, una mole vertical que dominaba las plomizas aguas del río Tajo, represado algunos kilómetros más abajo. Desde aquella atalaya, el carroñero atisbaba un amplio horizonte de pinos, encinas, alcornoques, madroños y brezos, una de las más ricas y mejor conservadas reservas de bosque mediterráneo de Europa. Difícilmente podría escapársele cualquier movimiento furtivo que delatase a un intruso en aquellos parajes en que, con permiso del águila imperial, ostentaba el señorío de los cielos. No en vano, la mayor colonia de buitre negro de España —más de trescientas parejas reproductoras— se encontraba aquí, en el Parque Natural de Monfragüe. En el corazón de Extremadura.

El buitre, sin embargo, parecía desconfiar y olfateaba el aire a su alrededor, de alguna forma consciente de ser observado a la vez que observador. Por fin, superados los recelos, el gran pájaro se decidió a lanzarse al vacío, al tiempo que sus potentes alas batían el aire varias veces para burlar la todopoderosa ley de la gravedad.

¡Clic, clic, clic, clic...! Media docena de instantáneas plasmaron, en la tira de celuloide impulsada por el motor de la vieja *Nikon F2*, uno de esos momentos mágicos en que la fauna hace sombra a la vanidad del hombre.

¡Clic, clic, clic, clic...! Una docena más de tomas capturaron el majestuoso planeo del ave con toda su envergadura desplegada, las plumas remeras maniobrando de forma imperceptible para controlar el balanceo y optimizar la sustentación. La ligera corriente térmica del atardecer comenzó a impulsar al buitre en su vuelo ascendente, y en breves instantes incluso el teleobjetivo dejó de ofrecer oportunidades de fotografiarlo con detalle.

Luna Ross esbozó una ligera sonrisa sin apartar todavía su ojo derecho del visor. Aquel carrete compensaba tres fatigosos días de trepar por riscos erizados de arbustos impenetrables, dedicando largas horas a estudiar la orografía, la situación de las buitreras, la posición favorable al viento y, sobre todo, la cuidada selección de

la luz. La joven fotógrafa no había escogido al azar el momento y el ángulo de la toma: con el sol poniente a noventa grados, el atardecer establecía una suave gradación entre el cielo azul intenso y el anaranjado horizonte, al tiempo que el buitre resultaba iluminado de frente en la escena. A aquella hora el farallón se tornaba dorado y, como magistral remate, una temprana luna llena mostraba su pálido disco en el cuarto superior izquierdo del encuadre. Ni en sueños podía haber imaginado un resultado de este calibre. «¿Suerte? —se preguntó a sí misma—... No —se respondió—. Trabajo duro y obstinación, mucha obstinación». La suerte es para quien se la trabaja, y ella había currado mucho para llegar a este momento de gloria.

Satisfecha, desmontó el teleobjetivo y lo guardó con cuidado en su funda. Se felicitó por haber utilizado diapositiva en lugar de la cámara digital. Con película, las buenas instantáneas eran infinitamente más valiosas para su orgullo profesional. Nada de modificar el encuadre, el brillo o los colores en el ordenador. Con la tecnología digital, incluso una fotografía mediocre podía acabar pareciendo decente. Con el celuloide era diferente: así disparabas, así quedaba; y si el resultado era bueno, nadie podría negar que tú lo eras. Colocó todo el equipo dentro de la mochila y, por fin, se permitió estirar brazos y piernas para aliviar el entumecimiento. Aprovechó para respirar hondo; sus pulmones se lo agradecieron después de tanto tiempo aguantando la respiración tras la cámara. Llevaba tres horas agazapada, recostada sobre pedruscos, piedras y gravilla con la única protección de una ligera manta de viaje, esperando un momento que nunca estuvo segura llegaría a concretarse. Ahora podía considerar cumplido el objetivo que la había llevado a Monfragüe. En las dos semanas que llevaba fotografiando el Parque había recopilado una notable colección de tomas que justificaba con creces su misión, pero aquella tarde había rematado el trabajo con unas instantáneas que bien podían valer una portada de *National Geographic*. Algo digno de celebrar con una ducha caliente y una comida casera en el hostel del pueblo más cercano. Aunque todo ello habría que dejarlo para el día siguiente, ya que la noche se echaba encima y todavía le quedaba un largo trecho por recorrer hasta su campamento.

Antes de partir, conectó el GPS de bolsillo que llevaba consigo; en un par de minutos había marcado la posición exacta,

que utilizaría cuando archivase la documentación del proyecto. Luego, con precaución, comenzó a descender la loma entre madroños y acebuches en flor, resbalando sobre los guijarros sueltos y tratando de mantener el equilibrio con el delicado equipo cargado a sus espaldas. Por fin llegó hasta la orilla del río, junto a la piragua que había camuflado entre arbustos para evitar que el plástico amarillo chillón inquietase a los voladores de la zona. Empujó la embarcación al agua y se deslizó con suavidad por la verdosa superficie remansada entre altas paredes de roca. Después de tantos días recorriendo en solitario aquellos parajes, todavía le impresionaba el solemne silencio, roto tan solo por el intermitente chapoteo de la pala. La grandiosidad del paisaje transmitía una enorme paz interior, pero a la vez le hacía experimentar un ligero desasosiego, provocado por la certidumbre de saberse tan pequeña y desvalida en aquel recóndito lugar. Aunque entraba la primavera, todavía refrescaba con rapidez a la caída del sol, así que la fotógrafa se ajustó bien el cierre de su gastado chaquetón color caqui y comenzó a palear con viveza para entrar en calor. Un par de veces entrevió fugazmente algunos ciervos abrevando en la orilla, pero al sentirla se desvanecieron entre la maleza. Ya era casi de noche cuando avistó su furgoneta verde aceituna aparcada junto a la orilla, en un recodo del río.

Luna desembarcó el equipo con sumo cuidado. Se encontraba a unos cinco kilómetros de la carretera que une Villarreal de San Carlos con Serrejón, en un claro del bosque al que se accedía, desde cerca de los saltos de agua de Torrejón, por medio de una polvorienta pista forestal que se adentraba en la zona de acceso restringido del Parque. Un mes de gestiones y papeleo había costado obtener de la Agencia Extremeña de Medio Ambiente el permiso necesario para poder utilizar la ruta fluvial, reservada de forma exclusiva a los científicos que estudian la flora y la fauna del Parque. Pero Víctor Medina, el director de fotografía de *Paisaje Vivo* —la revista de naturaleza para la que trabajaba Luna—, había movilizado todos sus recursos hasta lograr convencer al mismísimo consejero de Medio Ambiente de la importancia e interés del reportaje que pretendía publicar.

La muchacha entró por el portón trasero al estrecho habitáculo de la baqueteada *Volkswagen Transporter* de techo sobreele-

vado que le servía de estudio y vivienda durante sus viajes. Ella misma la había acondicionado a su gusto con la ayuda de un carpintero, viejo conocido de su familia. En un lateral, tras el asiento del conductor, se encontraba una placa de cocina sobre un pequeño frigorífico —antes siempre atiborrado de carretes de película— en el que ya escaseaban las provisiones frescas. A continuación había un fregadero bajo el que almacenaba un bidón de agua de cincuenta litros con bomba eléctrica y dos bombonas de butano pequeñas, de las que se encuentran en cualquier gasolinera. Finalmente, un estrecho escritorio hacía las veces de mesa de trabajo y de comedor cuando el mal tiempo impedía desplegar una mesa al aire libre. En la parte alta había varios armarios donde Luna guardaba el menaje, las provisiones y el material fotográfico. En la otra banda, sobre una hilera de armarios bajos, había dispuesto un estrecho, pero confortable sofá-litera donde dormía enfundada en su saco. Bajo el cojín situado en el extremo del portón trasero, una trampilla daba acceso a un inodoro químico portátil, algo imprescindible para convertir aquel pequeño habitáculo en vivienda semipermanente. Sobre todo ello se alineaba una batería de baldas atestadas de libros, mapas, cuadernos de viaje, revistas variadas, discos compactos, etc. Un espacio limitado, en definitiva, pero que ella había convertido en acogedor.

La joven encendió una estufilla de petróleo para caldear el ambiente y puso al fogón un puchero de agua para prepararse un nutritivo plato de pasta. Entre tanto, comprobó la carga de las baterías de reserva, encendió el ordenador portátil situado sobre el escritorio y, mientras arrancaba, guardó en sus estuches de plástico los carretes de diapositivas que había impresionado aquel día, anotando en ellos la fecha con un rotulador indeleble. Después descorchó la última de las botellas de vino de la tierra que había comprado en Torrejón el Rubio a su llegada. Le gustaba paladear aquel tempranillo joven de color rojo intenso que refrescaba la boca con su sabor afrutado y aromático. Luego siguió el ritual cotidiano: descargó al computador las tarjetas de memoria que había utilizado durante el día y las archivó en una carpeta identificada con la fecha y el lugar. Echó un rápido vistazo a las instantáneas y seleccionó media docena para enviarlas por correo electrónico a la redacción, tal cual estaban. No eran las mejores, naturalmente; éstas las reservaba para divertirse presentándoselas en persona a Víctor, al

que hacía sufrir dejando siempre lo mejor para el final. Esta vez sería aún peor, pues las imágenes más espectaculares las había tomado en diapositiva, por lo que su jefe tendría que esperar al revelado.

Luego, a pesar de que la cobertura telefónica era muy débil, consiguió establecer conexión con el servidor y comprobó su buzón de correo. Borró media docena de mensajes basura y descargó el resto: uno de su madre, recordándole que el próximo domingo era el cumpleaños de su hermano mayor; otro de Jon, con quien compartía piso de recalada en Madrid, anunciándole que tenía un amigo francés muy interesado en hablar con ella y al que había dado su número de teléfono; y por último, un mensaje muy escueto de Marga: «*Llama urgentemente. MPJ*». Luna sonrió. Marga era secretaria de la redacción de *Paisaje Vivo*, a la vez que su mejor amiga, y solía recogerle los recados cuando ella se encontraba perdida por esas tierras de Dios. *MPJ* —*Mucha Pasta en Juego* en su argot— obviamente quería decir que podía haber un buen contrato de por medio. Conociéndola, estaría impaciente esperando su llamada, pero optó por dejarlo para el día siguiente. También dejó pendientes de enviar las fotos seleccionadas, ya que la conexión telefónica se cortó de forma brusca. Ahora el agua bullía alegre en la cazuela, y ella se sentía demasiado cansada y hambrienta para pensar en otra cosa.

Después de cenar, Luna salió a estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco antes de acostarse. El cielo estaba despejado, la temprana luna había desaparecido, e innumerables estrellas titilaban por encima de los oscuros acantilados. Se sintió poseída por ese extraño placer que siempre le proporcionaba la mezcla de cansancio físico y de satisfacción por el buen trabajo realizado. Ella amaba la naturaleza y el aire libre, y aquella forma de vida que había decidido adoptar, rompiendo con todo lo anterior y llegando a convertirse en una de las más reputadas fotógrafas de naturaleza del país, era la mejor manera de disfrutar de ambos. Sin embargo, desde algún lugar escondido en su interior siempre acababa apareciendo la leve punzada de un sentimiento que parecía condenada a no desterrar nunca: un retazo triste de soledad.

Más tarde, embutida en el saco de dormir y antes de caer rendida por el sueño, Luna experimentó, como tantas otras veces, una inyección de autoestima. A sus treinta y cinco años se sabía

joven, atractiva y profesionalmente respetada. ¡Qué diablos! En esta vida le quedaban todavía muchas etapas por quemar. Poco a poco, arrullada por el cercano ulular de una lechuza al acecho, se durmió.

El modelo lucía espléndido sobre la gran mesa de trabajo, rodeado de todo tipo de herramientas, botes de pintura, cubiletes con pinceles y cajitas clasificadoras atiborradas de minúsculos accesorios de madera y latón. La cálida luz de un atardecer primaveral daba un tinte cobrizo a sus velas latinas, cosidas con primor por manos expertas y luego bañadas en una infusión de té para darles un aspecto envejecido y realista. Las afiladas líneas de agua del casco revelaban las cualidades marineras del bajel: rápido, maniobrable y buen ceñidor. Una máquina de guerra perfeccionada tras siglos de enconada lucha contra los corsarios argelinos que arruinaban el comercio y asolaban las costas mediterráneas. La maqueta en cuestión era una reproducción fidedigna del *Santo Cristo de la Santa Cruz*, el legendario jabeque de don Antonio Barceló y Pont de la Terra, uno de los más ilustres marinos de la historia naval española.

Paco Lobo se tentó la barriga, evaluando el posible efecto de añadir una cerveza al incipiente volumen que asomaba por debajo de su torso fornido, en el que la musculatura todavía mantenía gran parte de su elasticidad y firmeza. No en vano había llegado a ser titular de la selección absoluta de balonmano en su juventud, para luego continuar jugando durante largos años, ya como veterano, con antiguos compañeros de equipo. Al fin se decidió: sacó una lata de *Cruzcampo* de la nevera, enjuagó un vaso con agua fresca y vertió en él la cerveza procurando hacer abundante espuma al final. «¡Al cuerno con los remilgos...!», se dijo. Al fin y al cabo, aunque ya no practicara el balonmano, dos o tres días por semana nadaba dos mil metros en la piscina municipal, con lo que se encontraba en inmejorable forma. Dio varios sorbos seguidos, hasta que el líquido dorado se abrió paso a través de la suave capa espumosa y penetró por su garganta. Luego se arrellanó en una butaca para disfrutar mejor del fresco sabor de la cerveza. Y del trabajo recién terminado. Sin perder de vista el bajel, recordó aquella mañana de finales de diciembre, tres meses atrás, en la que Serge Brunel se había presentado en su apartamento de Benidorm. Alto y enjuto, vestido de modo impecable con un *blazer* azul marino y luciendo

un eterno bronceado, el suizo desplegaba un inagotable caudal de hiperactividad al que Paco, de naturaleza más bien parsimoniosa, había acabado por acostumbrarse con el tiempo.

—Tienes que hacerme un jabeque —le había dicho con su característico acento francés—. El *Santo Cristo de la Santa Cruz*, el jabeque correo de Antonio Barceló. No se conserva ninguna información de él, aunque hay un buen óleo en el Museo Naval de Madrid. Seguro que el barco es figurado, pero es el que espera el cliente.

Le tendió un sobre de papel manila del que Paco extrajo una reproducción en color del cuadro. En la base del mismo había una leyenda delineada con fino pincel:

*Antonio Barceló con su jabeque correo rinde a
dos galeotas argelinas (año 1736)
A. Cortellini Sánchez. 1902*

Paco conocía la primera gran hazaña de Barceló como marino, cuando tan solo contaba con veintidós años, que le había supuesto el empleo sin sueldo de alférez de fragata de la Marina Real. En realidad, Cortellini se había equivocado: Barceló no llegó a rendir las galeotas, sino que bastante hizo con rechazarlas. Además, el suceso tuvo lugar en 1738, no en 1736. Después seguirían otras muchas acciones heroicas hasta que aquel modesto muchacho mallorquín, que comenzase embarcado con su padre, llegó a convertirse en Teniente General de la Armada.

—¡Un jabeque! —exclamó—. No he hecho ninguno todavía.

—Pues ya va siendo hora. Es uno de vuestros barcos más bellos y, sin embargo, de los más difíciles de encontrar en el mercado.

—Eso es porque las casas de modelismo naval van a lo más conocido: la *Santa María*, la *Bounty*, el *Victory*... No obstante, creo que sí hay algún bonito jabeque por ahí.

—El cliente quiere una reproducción lo más exacta posible del *Santo Cristo*. Un trabajo bien hecho, vaya. Pero eso a ti se te supone, je, je...

Paco se atusó su poblada cabellera plateada.

—Gracias, Serge. Me gusta la idea; te agradezco que hayas pensado en mí.

Brunel le quitó importancia con un gesto.

—Es para un ricachón suizo; un coleccionista y buen cliente a quien ya he proporcionado varias piezas. De hecho, tiene una tuya.

El suizo era siempre muy cuidadoso en preservar el anonimato de sus clientes, por lo que Paco nunca sabía a manos de quién iban a parar sus obras.

—Ya sabes que lo normal es que los coleccionistas no tengan mucha prisa con sus encargos —prosiguió—. Son conscientes de que el trabajo es laborioso y de que debe estar bien documentado y ejecutado. Sin embargo, esta vez es una excepción. No me preguntes por qué; lo mismo quiere exhibirlo en una recepción o deslumbrar a algún invitado en particular, vete a saber. Creo que el tipo tiene un pedazo de chalet en Mallorca. El caso es que, después de aceptar pagar un buen precio, me ofreció una generosa prima si el modelo está en su casa antes del 25 de marzo. Naturalmente, le dije que se haría todo lo posible.

Brunel le tendió a Paco otro sobre, este más pequeño. Dentro había un buen fajo de billetes de cincuenta euros. Como siempre con el suizo, el pago era en metálico, sin recibo ni facturas por medio; solo quedaría la firma del modelista en la peana como único vestigio de la transacción.

—El cincuenta por ciento al encargo. Con urna de madera noble y cristal, como de costumbre.

Paco ni se molestó en contar el contenido del sobre; sabía que el precio sería justo. La confianza era mutua. En siete años de relación, esta había trascendido de lo puramente comercial para llegar a una franca amistad. El suizo no le había fallado nunca: ni una queja, ni una excusa, ni un solo argumento rebuscado para pagarle menos o más tarde de lo acordado. Serge Brunel era cien por cien legal y hombre de palabra, al igual que Paco, quien siempre cumplía sus compromisos de plazo y calidad. El modelista descolgó de la pared un almanaque del año en curso.

—¿Dices que para el 25 de marzo?... ¿Cuándo quieres recogerlo?

El suizo consultó una pequeña agenda de bolsillo.

—Hum... Pongamos que el veinte o el veintiuno, para poder estar en Ginebra con un par de días de antelación, por si acaso. El cliente estará impaciente.

Paco negó con la cabeza.

—Me dejas poco más de dos meses y medio. Sabes que no puede hacerse en tan poco tiempo.

—Vamos, Paco, que te conozco. En casi tres meses —Brunel afinaba al alza— eres capaz de hacer maravillas. Luego te tomas unas buenas vacaciones; la paga lo merece.

Paco examinó la reproducción.

—Ya, pero... ¿qué quieres que haga en tan poco tiempo? El problema es arrancar. Creo que tengo algunos buenos dibujos en un par de libros, aunque de ahí a sacar planos a escala y en condiciones... No, tendría que buscar en el Museo Naval, o a alguien que pueda pasarme unos planos. Para cuando empiece a cortar madera se habrá ido ya enero. No hay tiempo, Serge.

El suizo hizo un ademán despreocupado; era demasiado pragmático para dejar que aquellas minucias le estropearan el negocio.

—No te compliques la vida, Paco. Mira, un jabeque es un jabeque. Hay un par de buenos kits en el mercado, tú mismo lo has dicho. Sí, no me mires así... Puedes utilizar uno de ellos como punto de partida, ya sabes: los planos, la enramada, los accesorios... Luego lo modificas a tu manera para que resulte como el de Barceló. Además, así no tienes que preocuparte por diseñar la jarcia, la maniobra y un montón de cosas.

Paco sopesó las palabras de su amigo. Naturalmente, resultaría un fraude darle al cliente un modelo comercial a cambio de la pequeña fortuna que pagaba. Sin embargo, Serge tenía parte de razón. Utilizar el casco como punto de partida le evitaría muchísimo trabajo preliminar, y con las necesarias modificaciones el resultado podría ser el mismísimo *Santo Cristo*. Además, no había otra forma de cumplir el plazo. Sonrió para sus adentros, pensando en cómo se escandalizarían sus colegas más puristas. Todo eso poco le preocupaba; él también era pragmático a fin de cuentas. Lo que importaba eran el resultado final y el inmenso disfrute que a él le proporcionaba el modelismo, ya fuese montar un barco en kit o construirlo de la quilla a la perilla. Además, los honorarios le vendrían de perlas, como otras veces, para ayudar a su hijo Marcos a costear los cuidados que necesitaba el pequeño Diego.

—De acuerdo —dijo al fin—, ya pensaré como hacerlo. Aun así, sabes que es un plazo muy justo. Tienes suerte de que no tengo

nada más entre manos; solo esos viejos proyectos que, como siempre, quedarán aparcados para mejor ocasión.

Aliviado, Brunel sonrió.

—Gracias, Paco; sabía que no me fallarías. ¿Para cuándo ese galeón *San Mateo*, que tanta gloria alcanzó en el combate de *Las Terceras* contra el francés?

El modelista le propinó una palmada amistosa en el hombro.

—¡Para cuando me dejes una temporada tranquila, coño! Venga, te invito a comer un arroz a banda.

Una regla no escrita entre ambos amigos establecía que cuando Brunel venía con un encargo, el modelista pagaba la comida; y cuando lo recogía, era el helvético quien invitaba. Las más de las veces el negocio se iniciaba o concluía ante un buen arroz, al que ambos eran grandes aficionados.

—Tú sí que sabes, Paco. Tú sí que sabes...

* * *

Y ahora allí estaba, once semanas después, esperando la inminente llegada de Serge Brunel con la obra finalizada justo a tiempo. Un hermoso bajel de casco blanco en la obra viva y rojo por encima de la línea de flotación; los cintones y amuras, negros, con el alcázar cuajado de adornos dorados; alta y lanzada la popa, aguzado el espolón a proa. Paco Lobo apuró la cerveza, sacó un disco compacto de su caja y lo colocó con delicadeza en la bandeja del reproductor. Los primeros compases de *La Tabernera del Puerto* inundaron la habitación. Había heredado una buena colección de antiguos vinilos de su padre, gran aficionado a la ópera y a la zarzuela, y hacía poco había conseguido que un conocido le copiase aquellos incunables a cedé. Entrecerró los ojos y trató de imaginarse el jabeque a flote, tajando las olas y levantando cortinas de espuma con cada cabeceo de su afilada proa. Era capaz de sentir la solidez de la tablazón bajo sus pies, la jarcia firme vibrando tensa bajo la presión del velamen, los aromas a yodo y brea mezclados en su olfato, el estómago dando brincos a cada pantocazo... Sí, el jabeque había sido un bonito proyecto, pero se había dado una gran paliza para terminarlo en el plazo previsto. Mientras escuchaba a María Bayo interpretar a Marola, se dio cuenta de lo cansado que estaba. A sus sesenta y ocho años recién cumplidos se conservaba

bien, pero el modelismo era una labor fatigosa: exigía gran concentración, cansaba la vista, la espalda...; por no hablar de ese molesto dolor que se le quedaba prendido en el hombro tras cada sesión de trabajo. Tenía necesidad de descanso, de unas buenas vacaciones. Había pensado subir unos días a Valencia y hacerle una visita a Marcos. Los nietos tendrían unos días sin escuela en Pascua y le apetecía estar con ellos. Y siempre era bueno, según él, que el abuelo apareciese de vez en cuando y trastocase la rutina familiar.

* * *

—¿Y bien?

Serge Brunel sacó del bolsillo de su chaqueta unas gafas de montura al aire y se las ajustó con cuidado. Miró de forma alternativa al modelo, a la reproducción ampliada del óleo del Museo Naval y a los planos del kit sujetos con chinchetas al gran panel de corcho que ocupaba una pared entera del estudio.

—Como ves —apuntó Paco—, es el jabeque de *Ibermodel* en estado puro. No he cambiado ni una cabilla.

—Ya. Veamos...

Pensativo, el suizo se acarició el mentón; sabía que Paco lo examinaba. En realidad, en aquella obra no quedaba ni rastro del original.

—Has ensanchado la popa y elevado el coronamiento, que resulta más redondeado. Hum... También has engrosado la línea de cintones bajo la batería, y ésta monta seis cañones en cada banda, en lugar de diez. Has incorporado los remos, como en el cuadro. ¡Bravo, Paco! A ver..., ¿qué más tenemos por aquí? Las barandillas más ligeras; los coys en las batayolas, todos ellos bien numerados; mastelero en el trinquete...

Brunel se entusiasmaba por momentos. Acarició las curvas de agua con las yemas de los dedos.

—El casco, de forro único —prosiguió—, con toda la tabazón bien ajustada y claveteada. Ha quedado precioso, con los adornos decorados con pan de oro, ¿no es cierto?

—Dorado y estofado en oro auténtico de veinticuatro quilates.

Paco se sentía especialmente orgulloso de ese detalle. Había estudiado hacía poco la técnica del dorado de la mano de un viejo

amigo, un médico aficionado a pintar iconos que a su vez la había aprendido tiempo atrás de un sacerdote de Cuenca, reconocido artista en la materia.

Brunel prosiguió con la inspección. A pesar de no haber hecho una maqueta en su vida, el suizo se había convertido con los años en un verdadero experto en modelismo naval, por lo que sabía valorar esos pequeños detalles que diferencian un buen trabajo de una verdadera obra de arte.

—Ya veo que incluso has fabricado tú mismo la cabuyería. El aparejo de los cañones, completo y bien trincado... Y la maniobra, impecable: navegando a un largo con trinquete y mesana, la mayor cargada. ¡Eres un maestro dando forma al velamen, Paco! Parece que el barco navega de verdad, no como todas esas maquetas que se ven por ahí con las velas arrugadas y fofas. Algún día me contarás cómo lo haces.

—Eso nunca. —Paco lo dijo muy serio—. Ya sabes que el cosido y conformado de las velas es mi máspreciado secreto profesional. Se irá conmigo a la tumba.

—¡Qué dramático te pones! Creía que los modelistas intercambiabais todos vuestros trucos.

—Casi todos, Serge, casi todos. Algún elemento diferenciador hay que mantener para que te acuerdes de mí de vez en cuando.

El suizo fingió ofenderse.

—¡Qué mal amigo...! Sabes que para mí eres insustituible, al menos para cierto tipo de trabajos.

El artista sonrió satisfecho. Sabía que destacaba entre el colectivo de los modelistas navales por el cuidadoso acabado de su jarcia y velamen, uno de los puntos débiles de muchos de ellos. En efecto, no eran pocos los que, consumados maestros en el trabajo de la madera, naufragaban al colocar el trapo y su maniobra. Cuántos modelos de primorosa factura en casco y cubierta había visto, en exposiciones y concursos, arruinados por una jarcia desmañada o unas velas burdamente cosidas y colocadas con descuido.

Desde que se iniciase en la afición, quince años antes, Paco se había percatado de este problema y había tratado de esmerarse en la técnica del velamen. Varias veces había comprobado en sus propias carnes cómo el resultado de un trabajo de trescientas horas podía quedar malogrado en las últimas cien, las dedicadas al aparejo. Para

eso, mejor dejar el barco a palo seco, tal como hacían muchos otros. ¡Ah, si el pobre Serge supiese cuán cerca se encontraba su secreto mejor guardado...! Exactamente en el piso de arriba, y se llamaba Milagros Torner. Milagros era una virtuosa de la máquina de coser que, junto con su marido, mantenía una estrecha relación con los Lobo desde que ambos matrimonios coincidieran en el bloque de apartamentos, en los tiempos en que Alicia aún vivía. Una noche que cenaban juntos, Paco se lamentó de sus infructuosos esfuerzos con el asunto de las velas. Milagros se ofreció a coserle unas para la fragata de veintiocho cañones que, prácticamente terminada, el modelista no conseguía rematar. El resultado fue tan bueno que Paco ya no pudo prescindir del arte de su vecina. Arte que, desde que comenzó a vender sus modelos, retribuía con generosidad a pesar de la numantina resistencia de la buena mujer, que aducía coser por puro entretenimiento.

Para mayor realismo, Paco solía terminar los barcos en plena maniobra: las vergas braceadas, las velas portando henchidas, cargadas las inferiores para una mejor visión de la cubierta. Incluso había llegado a dar escora a algún barco en su peana, algo evidente en un barco que navega, pero impensable en un modelo estático de los de toda la vida. El resultado: unas maquetas muy apreciadas por algunos coleccionistas y que ya ciertos aficionados comenzaban a copiar, después de que Paco las hubiese exhibido en algún prestigioso certamen de modelismo naval.

Antes de que ambos hombres abandonaran el apartamento para ir a cenar, una sombra de duda pasó por el rostro del suizo.

—¿La urna?

—Caoba y vidrio laminado de cinco milímetros. Mañana por la mañana la trae Matías, el carpintero. Justo por los pelos; ayer le dio la última capa de barniz. También traerá el cajón de embalaje. Te advierto que todo ello va a pesar un quintal.

—No hay problema. En este viaje no llevo nada más, el jabeque es la única *vedette*. Paco, te has portado; esto se merece una mariscada por todo lo alto.

—Pero hombre, ¿no andabas a vueltas con el ácido úrico?

—Sí, pero me ha bajado mucho. Además, un día es un día ¿no?

Paco Lobo lanzó una sonora carcajada.

—Eres incorregible, viejo amigo.

Unos tímidos golpes sobre el cristal del portón trasero sacaron a Luna Ross del profundo sueño en que se hallaba sumida. A pesar de que la brillante luz de un día soleado se filtraba en abundancia por las rendijas de las cortinillas, los continuos madrugones y las agotadoras excursiones de los días anteriores habían hecho que su cuerpo se rindiese al cansancio, ahora que daba el trabajo por concluido. Miró su reloj de pulsera: ¡las diez! Había dormido casi once horas seguidas, todo un récord para ella. ¿Y qué era lo que la había despertado...? Para sacarla de dudas, algo repiqueteó de nuevo sobre la ventanilla.

—Señorita Luna, ¿está usted ahí?... Soy Julián, el guarda forestal.

—Estoy... Ejem. —La muchacha tuvo que aclararse la voz—. Estoy aquí; me he dormido. Deme un par de minutos y enseguida salgo.

—No tenga prisa. Hace una bonita mañana, la espero.

Cinco minutos después, Luna abrió el portón y salió a la luz del día entornando los ojos. Llevaba puestos unos gastados vaqueros y una camiseta blanca sin mangas —la última prenda limpia de su equipaje— que realzaba el tono bronceado de su rostro y sus brazos. Aunque el sol ya calentaba, todavía quedaban restos de escarcha en la umbría, bajo los sauces y fresnos que rodeaban el claro. Al otro lado del río, la blanca flor de las jaras se desparramaba por la ladera, mientras el aroma a tomillo y cantueso impregnaba el bosque.

Julián fumaba un cigarrillo apoyado en el capó del *Land Rover* del Servicio Forestal. El guardabosques la había guiado por el Parque durante los primeros días de su estancia y le había proporcionado una inestimable información sobre el hábitat, enseñándole los lugares estratégicos desde donde poder acechar la variada y rica fauna de la zona. Era un curtido veterano con más de veinticinco años de servicio a sus espaldas. Buena gente, sin duda: sencillo y afable pero terco y duro trabajador. Descendiente de aquella raza de conquistadores que dejaron su tierra para escribir algunas de las más épicas páginas de la epopeya humana, Julián se

había desvivido por facilitarle el trabajo, orgulloso de las maravillas que encerraba aquel territorio salvaje que constituía sus dominios.

—Buenos días tenga usted, señorita Luna. —El guarda la trataba siempre de usted—. La estuve esperando en el Centro de Información, pero como se retrasaba me he acercado para ver si está bien.

—Gracias Julián, estoy perfectamente. Solo que me he quedado dormida; creo que estaba agotada.

—No me extraña; menuda paliza se ha dado usted estos días. Espero que haya merecido la pena. —Julián dio una larga calada al pitillo—. Estoy impaciente por ver sus fotografías.

—No tenga prisa, hombre —sonrió ella—. Todavía tardarán un mes en ser publicadas; pero le aseguro que será usted la primera persona de todo Cáceres en recibir la revista. Al fin y al cabo, sin su ayuda poco habría podido hacer.

El hombre hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Ha sido un placer. ¿Consiguió fotografiar al gran macho?

El semblante de Luna resplandeció.

—¡Y de qué forma! Tuve que esperar un montón, pero al final apareció. Justo en la zona de Sierra Corchuelas que usted me marcó en el mapa. Es un ejemplar impresionante.

—Mide dos metros noventa y cinco centímetros de envergadura, según los biólogos que lo han censado; hace años que no recuerdo un bicho así. En fin, ha sido una lástima que no consiguiera un lince ibérico... —Julián abrió la puerta del todoterreno y, respetuoso con el entorno, apagó la colilla en el cenicero—. Siento no haber podido acompañarla más tiempo, pero ya sabe que estamos hasta arriba de trabajo preparando la temporada de primavera.

Luna le dio un afectuoso golpe en el hombro, que se elevaba dos palmos por encima del suyo.

—Ya lo sé, Julián. Pero eso me dará una nueva oportunidad de volver en otra ocasión y recorrer el Parque con usted.

Al guarda se le iluminó la cara.

—¿Lo dice en serio? A Lupe le encantaría que volviese a visitarnos. Le prepararía una caldereta para chuparse los dedos.

Los dos rieron abiertamente. El guarda no había parado hasta conseguir que ella aceptase cenar en su casa de Serradilla, un

tranquilo pueblo rodeado de dehesas y campos de cultivo al oeste del Parque. Allí Luna tuvo ocasión de saborear las típicas migas y una succulenta caldereta de cabrito que Guadalupe, la mujer de Julián, había preparado con esmero. Aquella velada se rieron a gusto escuchando las anécdotas que el hombre, más dicharachero que de costumbre, contó sobre la vida del guarda forestal. Y su mujer, que no había salido prácticamente nunca de su pueblo natal, se interesó por conocer detalles sobre su vida como fotógrafa, pues el matrimonio leía revistas de naturaleza y conocía alguno de sus reportajes.

—Fue muy agradable cenar con vosotros. —De repente Luna se sorprendió tuteando al guarda—. Me hicisteis sentir como en casa —añadió con un deje de nostalgia en la voz.

Julián también parecía apenado por su inminente partida.

—Usted será siempre bienvenida, ya lo sabe.

Ella cambió de registro; no quería ponerse sentimental.

—De todas formas, me alegro de que haya venido hasta aquí, Julián. No sé si podría haber cargado yo sola la piragua en la furgoneta.

El guarda se animó de inmediato.

—No se preocupe, la echaremos al *Land Rover* y yo mismo me ocuparé de devolverla al Centro de Información. Todavía no me explico cómo consiguió usted el permiso para navegar río arriba; debe de tener amigos influyentes...

—Supongo que mi editor los tiene. Venga, no he desayunado todavía; le invito a un café en el pueblo.

Cargaron la piragua sobre el todoterreno y ella terminó de arrancar la parte posterior de la furgoneta. Luego se dirigieron hacia la aldea de Villarreal de San Carlos, el único núcleo habitado en el interior del Parque.

Tras el desayuno, el guardabosques se despidió de Luna con un efusivo abrazo, no sin antes hacerle prometer que le enviaría el reportaje lo antes posible y que volvería algún día. Ella le sonrió con afecto.

—Cúidese, Julián. Y cuide a Lupe.

* * *

El plan de Luna era detenerse en Torrejón el Rubio, un

pequeño pueblo de poco más de seiscientos habitantes situado a quince kilómetros escasos de Villarreal. Allí, como ya había hecho varias veces durante su estancia en el Parque, se daría una buena ducha caliente en la pensión y luego cargaría las pilas comiendo y sesteando un rato al tibio sol primaveral. Después continuaría camino; poco menos de trescientos kilómetros hasta Madrid, donde confiaba llegar antes del anochecer.

El paraje que se extendía ante ella en aquella limpia mañana de primeros de abril era sencillamente espectacular: la dehesa extremeña en todo su esplendor. Alcornocues y encinas se combinaban con cultivos y pastizales por donde cabras, caballos y toros de lidia campaban a sus anchas. Árboles, arbustos, hierba y rocas hacían que todos los matices del verde se viesan entreverados de ocre y grises. El entorno, salpicado aquí y allá por las coloridas florecillas de innumerables arbustos —moradas las del cantueso, amarillas las de la aulaga—, se convertía a los ojos de Luna en uno de los más bellos de la Península Ibérica.

La joven había realizado muchas paradas para fotografiar el paisaje en sus anteriores desplazamientos para avituallarse o visitar la pensión. Un encuadre no visto con anterioridad, un fugaz detalle captado desde el volante, una configuración inédita de luces y sombras marcada por la posición del sol... Siempre hay algo nuevo que obliga al cazador de imágenes a detenerse cuando su instinto está alerta. Sin embargo, esta vez su mente iba por otros derroteros. El mediodía estaba próximo, y la luz plana hacía poco propicia la obtención de tomas de interés. Además, había recordado el mensaje de Marga recibido la noche anterior y divagaba pensando en su posible significado. Quizá se tratase del visto bueno a alguno de los proyectos que tanto la ilusionaban, como el de fotografiar a los descendientes de aquellos lobos que inmortalizase el ínclito Félix Rodríguez de la Fuente en la Sierra de La Culebra.

En cualquier caso, lo que de verdad le apetecía en ese momento era tomarse unos días de relax. Después de dos semanas de ascética soledad, la posibilidad de hacer algo de vida social en Madrid la excitaba sobremanera. Aunque sabía que en poco tiempo volvería a verse superada por la gran ciudad y estaría deseando lanzarse de nuevo a la carretera, ahora mismo se moría de ganas de ver alguna buena película de estreno, darse una estimulante sesión de aeróbic, deambular sin prisas por el Rastro y tomarse unas

cervezas con sus amigos. Sobre todo esto último, siempre que fuese en alguno de esos locales castizos que Jon se apañaba para descubrir antes de que los turistas los despojasen de su encanto original.

—¡¡¡Rrrrrring!!!

Un timbrazo al estilo de los viejos teléfonos de baquelita sacó a Luna de su abstracción. Al segundo toque reaccionó y conectó el manos libres desde el pulsador situado junto al volante, mientras se decía a sí misma que quizás debería cambiar el tono de su móvil por alguna dulce melodía.

—¿Sí...? —preguntó.

—Luna, ¿eres tú...? ¡Por fin consigo dar contigo! —La cálida voz de Margarita Guillén era inconfundible—. ¿Has recibido mi mensaje? ¿Por qué no me has llamado? ¿Estás bien?...

Luna cortó el torrente de preguntas, a sabiendas de que podía no tener fin, cerrando el círculo de respuestas en sentido inverso.

—Me encuentro perfectamente, Marga. No te he llamado porque no tenía cobertura, pero esto ya lo sabías; y, sí, he recibido tu mensaje.

—¡Gracias a Dios! Pensaba que podía haberte pasado algo en ese bosque: una caída... ¡Qué sé yo!, un oso...

Luna se rio con la ocurrencia de su amiga.

—No seas bruta, Marga; no hay osos en Monfragüe. ¿Estás en la oficina?

—¿Tú que crees? Los mortales de a pie tenemos un horario que cumplir. Bueno, ¿no quieres saber lo que hay en marcha?

—Pues claro que sí, estoy impaciente.

—¿Estas conduciendo? No quisiera que...

Ahora Marga se hacía la remolona. La apremió.

—Déjate de rollos; esta carretera está desierta. Además, llevo el manos libres. ¡Venga, desembucha!

—No te lo vas a creer. Ayer por la mañana recibí una llamada del Club Náutico de Palma. Un tal Enric —la muchacha pareció consultar sus notas—... Font. Se ocupa de la organización de la Copa del Rey de vela; ya sabes, la que se celebra a finales de Julio.

—Sí, claro que lo sé.

—Bueno, pues el caso es que este Enric, que por cierto parece un tipo encantador y es *super-edu-cado* —su amiga recalcó las

sílabas, signo inequívoco de que no todos sus interlocutores como secretaria gozaban de esta cualidad—, conoce el reportaje que hiciste el año pasado en Les Sables d’Olonne, el que se publicó en *Yachting Forward*...

—Sigue.

—No seas impaciente. —Marga se regodeaba con el suspense—. Me dijo que tus fotos habían gustado al comité organizador y que querían contar contigo para un reportaje oficial de la próxima edición. ¿Te imaginas?... ¡La Copa del Rey! —su voz sonó exultante—. Lo mismo te embarcas con el Príncipe de Asturias. Lástima que esté casado...

—Marga, por favor, ¿cómo puedes decir eso?

—Jopé, porque está buenísimo —se justificó ella—. Yo no sé por qué los hombres interesantes no nos hacen caso, con estos cuerpos que Dios nos ha dado... Escucha, yo le digo a Víctor que me pilla dos semanas de vacatas en julio y me voy contigo a Palma, de *assistant* —dijo, arrastrando las eses.

Las dos rieron con ganas. Luna, distraída por la conversación, acabó por parar el vehículo en la salida de un camino rural, ya que la carretera, aunque bien asfaltada, era sinuosa, estrecha y sin arcén.

—¿Y has hablado de *pelas* con ese *supereducado* Enric, cielo? —preguntó, ya que su amiga solía actuar de apoderada para los temas financieros cuando trabajaba por libre.

—Pues sí y no. Están dispuestos a pagar bien, pero no hemos concretado. En esa regata se mueve mucha pasta, créeme: barcos carísimos, velas carísimas, patrocinadores de gama alta, mucho vip... —Marga suspiró—. Pensándolo bien, creo que debería coger un avión el fin de semana para entrevistarme con Enric y atar cabos, je... Bueno, bromas aparte: ¿qué te parece el asunto?

—Me parece genial. Tengo muchas ganas de repetir lo de Sables d’Olonne. Y creo que necesitaré una *assistant* que se ocupe de las *public relations*. —Esta vez fue Luna la que pronunció con afectación los anglicismos—. En fin, te voy a dejar. Por cierto, pensaba llegar esta noche; pero estoy muerta y me está dando una pereza inmensa conducir hasta Madrid. Seguramente me quedará en Torrejón y saldré mañana.

Cuando se hubieron despedido, Luna se repantigó en el asiento y respiró hondo. El de *Yachting Forward* era uno de sus reportajes favoritos. Hacía dos veranos había sido invitada por un

antiguo compañero de la universidad, que ahora trabajaba en unos astilleros de La Rochelle, a participar en una regata de vela en Les Sables d'Olonne. Ella había llevado su equipo y consiguió tomar una buena colección de fotografías gracias a una impecable combinación de oleaje, buena luz y mejor viento. Disfrutó tanto con aquella regata que envió a su amigo un álbum con las mejores instantáneas. Cuando este lo enseñó en Port Olona, los organizadores de la regata quedaron tan impresionados que le rogaron que volviese a invitarla al año siguiente, prometiendo darle el apoyo necesario para que hiciese un reportaje profesional. Aquello era todo un reconocimiento, viniendo de la sede de regatas tan importantes como la *Vendée Globe*, la famosa vuelta al mundo en solitario, así que ella aceptó la oferta con algunas condiciones. Y vaya si las cumplieron: Luna tuvo a su disposición una *Zodiac* con patrón durante los tres días que duró la regata, embarcó en los veleros que ella misma seleccionó, y pasó una tarde entera colgada de un arnés de seguridad en la carlinga de un helicóptero, asomada al vacío. Por supuesto, tuvo la precaución de equiparse de modo conveniente para la acción: se dotó de protectores estancos para las cámaras, cambió sus bolsas de material por neveras de hielo herméticas y seleccionó con cuidado las lentes y la película a utilizar. Además de la propia regata, consiguió captar magníficas vistas aéreas de la isla de Yeu al atardecer. El resultado fue tan espectacular que *Yachting Forward*, una de las más reputadas revistas europeas de vela, publicó foto de portada y un espléndido reportaje de seis páginas, tras lo cual ella recibió unas cuantas ofertas que tuvo que rechazar para poder atender sus compromisos previos en la Península.

Luna encendió de nuevo el motor. Excitada por la posibilidad de repetir aquella experiencia en un entorno tan incomparable como la bahía de Palma y en la más prestigiosa competición de vela del Mediterráneo, bajó la ventanilla y se dejó acariciar por la fresca brisa extremeña mientras conducía.

* * *

En Torrejón el Rubio, tras comprar en un pequeño colmado unas braguitas y una camiseta de algodón para ponerse una muda limpia, Luna se dio una reconfortante ducha caliente. «Demonios,

realmente la necesitaba», pensó, dejando que el agua jabonosa resbalase por su piel.

Luego disfrutó de una gran ensalada y unas chuletillas de cordero con las que, literalmente, se chupó los dedos. Pablo, el simpático y servicial mozo que atendía el bar, le sacó a la acera una mesa, una silla y un café con hielo para que pudiese disfrutarlo al sol. En ello estaba cuando de nuevo sonó el timbrado del móvil. Al otro lado de la línea se escuchó una voz con marcado acento francés.

—*Allô!*, soy Franck; Franck Álvarez. ¿Puedes hablar?

Luna no recordaba conocer a ningún Franck.

—¿Franck?... ¿Qué Franck?

—¿No te ha hablado Jon de mí? Me prometió que te avisaría de que quería entrevistarme contigo y me dio tu número de teléfono.

Luna había olvidado por completo el mensaje de la noche anterior. ¡Mira que le tenía dicho a Jon que no fuese dando su número por ahí...! Sin duda había considerado que su amigo era una excepción.

—Sí, es cierto —reconoció—; me escribió algo. Tú dirás...

—Verás, conozco a Jon desde hace años. He venido a España a pasar unos días y me ha invitado a su casa. Estoy haciendo una investigación sobre mis abuelos, que eran españoles, y según Jon tú serías la persona adecuada para echarme una mano.

«Al cuello», se dijo Luna. Ya le había metido Jon en una de sus embarcadas. Y además, el tipo estaba esperándola en casa. No había escapatoria.

—Vale —se resignó—. Mañana llegaré a casa; podremos charlar un rato, si te parece.

—El caso es que mañana debo regresar a París. Y como Jon no tenía muy claro cuándo ibas a volver y tampoco había forma de localizarte por teléfono —el francés dudó—... Ejem, he venido en tu busca. Jon me dijo que estabas en —pareció detenerse a leer algo y luego silabeó—... *Mon-fga-güie*, y acabo de parar en Naval Moral de la Mata a comer algo. Espero que no te parezca mal.

¡Lo que faltaba! O sea, que el tal Franck se había venido, ni corto ni perezoso, a buscarla hasta Extremadura, dispuesto a contarle su historia, sin ni siquiera haberle pedido su opinión. Esto le costaría caro a Jon: esta vez no lo iba a arreglar con una sonrisita

meliflua y unas alubias de Tolosa de desagravio, como tantas otras veces.

—No, claro... —respondió con desgana.

Luna pensó rápido. Puestos a pasar un rato tratando de ser amable con el amigo de su amigo, Trujillo ofrecía más posibilidades.

—Lo mejor será que continúes camino hasta Trujillo. Allí podemos quedar a media tarde. —Al menos ahora era ella quién tomaba la iniciativa—. En la Plaza Mayor; es una visita obligada, ya que estás por aquí. ¿Te parece bien a las seis?

—Sí, muy bien... *Parfait!* —El otro pareció aliviado—. Aprovecharé para buscarme un hostel. ¿Seguro que no te molesto?

—Descuida. Cuando estés instalado, dame un toque y pasaré a buscarte.

—¿Un toque?

—Una llamada de teléfono, hombre.

—Ah, claro... Bueno, pues a las seis te llamo. Y muchas gracias por todo.

—No hay de qué; nos vemos luego.

Luna cortó la comunicación con un suspiro. La verdad es que al final no le había caído mal este Franck. Su español era impecable, y por teléfono parecía bastante educado, como diría Marga. No cabía duda de que era un tipo decidido, si había cruzado media Península Ibérica sólo para hacerle unas preguntas. Eso suponiendo que no estuviera medio chiflado, claro...

Apuró el café, se caló las gafas de sol y se recostó en la silla de resina blanca, apoyando la cabeza en la fachada del bar. Una agradable modorra comenzó a apoderarse de ella. Al poco, olvidada ya de Marga, de Franck y de todo lo demás, creyó ver entre la neblina de sus párpados entrecerrados al gran buitro negro planeando majestuoso por encima de su cabeza.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).